

MUSA JOVEN

REVISTA MENSUAL

Año I

Septiembre de 1912

Núm. 5



RUBÉN DARÍO

\$ 1.00

DIRECTOR: **Vicente García H. Fernández** } Primeros Redactores { **Jorge Hübner B.**
Mariano Latorre
Gabry Rivas

SECRETARIO: **Juan Guzmán C.**

—|| RUBÉN DARÍO ||—

APRECIACIONES DE RACHILDE, VALLE INCLÁN Y LUIS BONAFoux

No glosaremos las numerosas loas y críticas que el gran poeta ha merecido y que todos, más ó menos, conocemos. No formularemos tampoco nuestra opinión al respecto, pues ya la hemos dado á otra revista. Vamos a recordar solamente tres opiniones sobre Rubén Darío, que oímos de labios de personas que admiramos y estimamos.

Una tarde del pasado invierno, en París, en una de las recepciones de Rachilde, á las que éramos asiduos, al entrar al salón lleno de damas y señores, grandes personalidades de las letras francesas, y al inclinarnos ante la famosa escritora con la estricta etiqueta de la vida mundana europea, ésta nos retuvo un momento á su lado y nos preguntó por Darío, de quien nos sabía amigos íntimos.

—¡Oh, yo estimo mucho al señor Darío!, nos dijo; aunque conozco tan poco su obra...

—Él ha escrito, en uno de sus libros, una página sobre Ud.

—Precisamente: es lo que me han traducido...

Y luego, en pos de contestar al saludo de Rosny *ainé*, que se inclinaba ante ella:

—C'est tres bien, c'est tres bien, c'est tres bien...

Los que conocen al terrible crítico femenino del *Mercure de France*, que suele no perdonar ni á los que le queman incienso, comprenderán el valor de esa frase.

En nuestro viaje á Tierra de Reliquias, encontrándonos en Madrid, fuimos un día á visitar á Rubén Darío en compañía de Valle Inclán. El poeta en traje de interior: bata de lana rojiza y boina de terciopelo negro, nos recibió en su

cuarto de trabajo lleno de libros y cuartillas escritas. Fué una entrevista íntima y grata, un buen momento de charla, en que, por cierto, dominó la elocuencia española del marqués de Bradomin.

Al regresar, á pie, por la Castellana envuelta ya en la penumbra de la prima noche, cuyos árboles, palacios, monumentos se alzaban sombríos contra el cielo de un verde finísimo, hacíamos comentarios sobre el poeta.

—Darío, nos decía Valle Inclán, es un artista genial. Su observación, su sentimiento son muy diferentes de los de una persona vulgar. La observación de Blasco Ibáñez, por ejemplo, no es la de una portera pero es la de veinte porteras, ó de cien, si Ud. quiere. Darío *ve* lo que no venían mil hombres comunes: la relación misteriosa de las cosas...

Una ocasión que el poeta partía de París en viaje á su tierra, fuimos á despedirle á la Gare Sainte Lazare varios amigos, escritores americanos ó españoles, Comimos en su compañía, en el restaurant de la estación, y luego le acompañamos hasta el tren que debía llevarle á Le Havre. Cuando el convoy partió, el conocido escritor español Luis Bonafoux, hablándonos confidencialmente, nos dijo:

—Ustedes, los americanos, tienen en Darío un gran hombre. Yo admiro al poeta pero estimo sobre todo, al hombre.

¡Jóvenes amigos! Nosotros somos poco partidarios de las autoridades, siempre tiránicas. Pero la apreciación sincera de personas cultas no puede menos de sernos respetable. Unamos pues, á tan bellas palabras en loor del maestro, nuestro aplauso entusiasta de artistas, de americanos y de jóvenes.

FRANCISCO CONTRERAS.



— Rubén Darío —

I

He aquí al heraldo del país del ensueño. He aquí al hombre-águila que viene á nosotros cargado de laureles y pletórico de poesía.

¡Tapizad de flores el camino por donde ha de cruzar el triunfador! ¡Descubrid vuestras cabezas ante el divino poeta!

¿Quién es?

Este es aquel que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la mañana.

¡Gloria al excelso artista! ¡Gloria al altísimo trovador! ¡Gloria á Rubén Darío!

II

No sé por qué nunca he creído que los genios y los grandes poetas sean de nuestros tiempos. Siempre me han parecido seres ya pasados, algo mitológicos, ante los cuales no se puede llegar y con los cuales no se puede hablar. Por eso cuando supe que iba á ver á Rubén Darío, que iba á mirarlo de cerca, apenas lo podía creer. Me parecía que ese sér no podía existir y que si existía viviría en otra región más alta, mucho más alta, por encima de las nubes, y no bajaría nunca hasta nosotros.

¡Tan alto es para mí el concepto del genio! Y el genio de Rubén Darío creo que ya nadie lo discute. Sí, lo discutían algunos todavía, y si no fuera así no sería genio.

Aquél que lleva en la mente un ideal, que combate sólo por ese ideal, que se ve atacado, insultado, y sigue; que ve que nadie le comprende, y sigue; que siente palpitar en su cerebro la magna idea que la gente desprecia, y sigue; que ve cerradas para sí todas las puertas, contemplando cómo el vulgo quiere matarle sus ensueños, y sigue solo contra todos, Hércules cargado de poesía, Atlante con un mundo de ideales en sus hombros; nadie le reconoce, nadie le acepta, y sigue... y triunfa, y hace valer su ideal, revolucionando un arte. Este si no es genio, inventad otro vocablo más elevado para calificarle.

La lengua castellana contaba ya con grandes poetas. En sus filas había militado Fray Luis de León, Herrera, San Juan de la Cruz, Góngora, Santa Teresa y en los últimos tiempos Espronceda, Zorrilla, Núñez de Arce y los más grandes del siglo XIX Becker y Campoamor.

Pero faltaba algo en la poesía castellana, todos los misteriosos encantos de su rima, sus magnificencias de colorido y brillantez, todas sus amoldaciones, toda la fuerza de sus palabras, permanecía aún en el misterio, en el obscuro misterio de lo desconocido. Rubén Darío alumbró ese obscuro misterio. El idioma en sus labios adquiere una faz nueva y él nos muestra horizontes ignorados.

La característica de Rubén Darío es la individualidad, la personalidad; ya él lo dijo: «mi poesía es mía en mí». La obra de Darío es grande porque es sincera y «ser sincero es ser potente».

Su obra es plena de ansia, sensación pura y vigor natural; está hecha «sin falsía, sin comedia y sin literatura».

Rubén Darío percibe lo oculto, su sensibilidad exquisita siente lo que para otros pasa inadvertido: el *sagacior odoror* del lírico latino.

Los hombres de genio y de verdadero talento se ríen de las leyes fijas de la estética y de la retórica. Esas leyes son para el vulgo, para los que marchan en rebaño y al son del cencerro. Los que tienen poder para huir la imitación, los que tienen alas fuertes para volar sin ayuda, no aceptan *rieles* de ninguna especie. Ellos, los fuertes, «han derribado, como dice el distinguido literato argentino Ricardo Rojas, á las venerables momias que ejercían la dictadura literaria».

La estética es sólo para la mediocridad, para los que necesitan ayuda: es el lazarillo del ciego. Para *los de larga vista*, la estética no existe ó si existe no fija reglas, ni exige moldes de ninguna especie. Se resume en tres palabras: crear cosas bellas.

Aquellos que en nombre de una falsa estética atacaron a Darío acusándolo de complicado y obscuro, recibieron hermosa contestación del ya citado Ricardo Rojas: Rubén Darío «ha compuesto sus versos cuando quería desahogar sus angustias ó presentar á nuestros ojos la visión de belleza que á su espíritu privilegiado le había sido dado tener. De ahí la divina y clásica simplicidad de su arte, que solamente al principio pudo acusarse de una técnica complicada y sutil. Cuando uno se familiariza con su obra, se convence de que su vocabulario no es complejo. Algunas de sus palabras predilectas—*visión de sátiros que persiguen á las ninfas, cisnes heráldicos en silenciosos lagos, ó encantadas princesas ó pegasos en vuelo*—no fueron en modo alguno rebuscamiento de lo raro, sino fórmulas inevitables y necesarias á las nuevas maneras de su sensibilidad. Por eso cuando se desvanecían del todo las preocupaciones aún existentes acerca de lo que en su hora se llamó *decadentismo y modernismo*, todo lector, aún el más extraño á la literatura profesional, hallará en Rubén Darío la expresión de sus propias congojas. Es inicua la clasificación de las transitorias escuelas para los que pueden recuperar ante la verdadera crítica la dignidad y la sencillez de la eterna poesía».

Quien conozca profundamente la obra del divino nicaragüense no puede acusarla de complicada y obscura. Sin embargo, esto tiene su explicación en la ignorancia de la inmensa mayoría de las gentes, que no entendiéndolo sus figuras por falta de conocimientos ya sea de la mitología pagana, ya de los antiguos tiempos de América, ya de los poetas extranjeros y no pudiendo por esto encontrar ciertas relaciones que sólo las ven aquellos que saben algo, han dado en la flor de llamarlo obscuro y complicado.

Todas estas acusaciones fueron á estrellarse en la suprema indiferencia de Darío única arma que opuso á la mulatez intelectual y a la chatura estética del vulgo de ese eterno Sancho Panza que no estaría bien comprendiera los elevados decires de Don Quijote.

Y empezó la lucha entre Sancho y don Quijote, entre el vientre que engulle y el cerebro que idealiza. Aquí como siempre triunfó el genio y el vulgo que antes se le había opuesto tratando de ahogarlo entre sus gritos se convirtió, también como siempre, en el sayón hipócrita, en el lacayo vil que mendiga una sonrisa de su amo. El genio empezó su ruta de gloria entre aplausos y laureles. El combate aún no había terminado; recorrió otras tierras y muchas piedras le arrojaron en su camino pero cada una de esas piedras sólo sirvió para elevar más al o su pedestal.



Ultimo retrato de Darío

III

El primer libro de Darío fué publicado en 1885 con el nombre de «Primeras Notas», Epístolas y Poemas. En este libro sobresalen entre otras composiciones «El Poeta á las Musas», «Erasmus á Publio», «Víctor Hugo y la Tumba», «El Negro Alí», etc.

Después publicó «Abrojos» (1886). Después «Rimas» en 1887. En ninguno de estos libros aparece el Rubén Darío de hoy. Parece que siguió las huellas de los grandes poetas españoles de aquellos tiempos sobre todo de Núñez de Arce.

Pero donde aparece Rubén Darío con toda su personalidad, con su arte nuevo y magnífico es en «Azul» publicado aquí en Chile el año 1888. Es este un libro saturado de Naturaleza, con verdadera adoración por ella. Diríase la obra de un panteísta. Es un libro voluptuoso, sensual. Don Juan Valera no sabía qué admirar más en él: si la prosa ó los versos que según su frase: «no recuerdan a ningún poeta español, ni antiguo, ni de nuestros días»; en tanto que la prosa es «afrancesada en la forma pero más rica de ideas». Ya entonces asombraba la instrucción de Darío y así dijo Valera: «Sabe con amor la antigua literatura griega; sabe de todo lo moderno europeo».

«Azul» es un libro ardiente, lleno de vitalidad, de sangre, de fuego. En él se encuentra la famosa «Estival» con su inaudita plasticidad, con la más suprema fuerza pictórica, en la cual se sienten vahos de horno, el colosal calor de la selva indiana destacándose en ella la tigre de Bengala y el idilio monstruoso.

En «Azul» también se encuentra la profunda y triste «Anagke», el magnífico soneto á «Caupolicán» y los no menos magníficos Medallones con los famosos sonetos á Leconte de Lisle, á Catulle Méndez al cual imitó y superó en sus admirables cuentos, á Salvador Díaz Mirón y el portentoso á Walt Whitman, el yanke inmortal.

En 1891 apareció su estudio sobre A. de Gilbert, nuestro malogrado Pedro Balmaceda Toró. En 1896 dió á la luz «Los Raros», libro superior en el cual hablaba de muchos autores poco conocidos y vulgarizaba los nombres de Ibsen, Verlaine, Mallarme, Moreas, Pce, Leconte de Lisle, Richepin, Max Nordau, Eugenio de Castro y muchos otros.

Muy pronto apareció «Prosas Profanas», el mismo año de 1896. En este libro vemos ya la obra perfecta de Darío con todas sus espléndidas tonalidades y donde á veces se nos muestra la garra del león, aquella garra del león de que habló Sainte Beuve. «Prosas Profanas» es un libro en el cual impera el optimismo, que tan poco había de durar en Darío. Allí nos encontramos con la magnífica «Sonatina», con la verleriana «Era un aire suave», con el sentido soneto «Margarita», con canciones á la manera de los famosos trovadores del siglo XV, Yohan de Duengas, Yohan de Torres y Valtierra y con el estupendo responso á Verlaine que difícilmente tendrá rival en la lengua castellana. Aquí también encontramos aquella estrofa vibrante que es el credo de los grandes poetas:

Ama tu ritmo y ritma tus acciones
Bajo su ley, así como tus versos;
Eres un universo de universos
Y tu alma una fuente de canciones.

.....
Escucha la retórica divina
Del pájaro del aire y la nocturna
Irradiación geométrica adivina;
Mata la diferencia tsciturna
Y engarza perla y perla cristalina
En donde la verdad vuelca su urna.

En este libro también se encuentra el magnífico «Elogio de la Seguidilla» y otras muchas composiciones inmortales: las divinas «Anforas de Epicuro».

Después de «Prosas Profanas» publicó en 1900 «España Contemporánea», libro de crónicas y deliciosas crónicas. En él aparece la magnífica de Castelar, «La Coronación de Campoamor», «Cirano en casa de Lope», «Timorio y Hamlet», otra que nos cuenta un paseo con Núñez de Arce, etc.

En 1901 apareció «Peregrinaciones», de la cual dijo Justo Sierra: «Las tales prosas son poesía pura, arte puro, copas de Bohemia, tazas de Sevres, cálices de oro y gemas de los tesoros de las iglesias italianas, anforinas del Cerámico, en las cuales ha vertido Rubén esencia de su alma, forjada con los instintos que suben al alma del fondo de nuestro organismo y la revotan y la hacen opaca como la sangre; formada con el dolor que comunica á la nuestra todo contacto con otras almas y toman su esencia transparente como las lágrimas;..... de imágenes sin contornos proyectadas por un mundo lo visto; son ellas las que ponen en el interior de nuestra vida una lámpara de altar que parece, á veces, apagada, cuando nos inunda de eso que llama deliciosamente el poeta *una dulzura de luz*».

Después publicó en 1902 «La Caravana pasa». En 1904 «Tierras solares» donde se nos muestra un narrador colorista y lleno de fuerza.

Al año siguiente 1905 salieron á luz los «Cantos de Vida y Esperanza, Los Cisnes y otros poemas», en donde aparece en toda su fuerza el pesimismo de Darío. Esta es la obra culminante del poeta, la obra gigantesca del genio.

En ella se nos muestra como un místico refinado, sincero, profundo, llenas están sus páginas de pinceladas de luz y sombra extraordinariamente nerviosa y sobremanera límpida y transparente. Hay en ella un profundo amor á España de la cual dice:

Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire
 Mientras la onda cordial alimente un ensueño,
 Un buscado imposible, una imposible hazaña,
 Una América oculta que hallar, vivirá España!

En este libro se encuentra la incomparable «Marcha Triunfal» con su incomparable armonía imitativa. El magnífico canto á Roosevelt de una fuerza homérica y escrito en modo primitivo. Es sin duda este canto un eco del clamor de todo un Continente contra el feroce cazador del norte el cual no se podía hablar de otra manera:

¡Es con voz de la Biblia, ó verso de Walt Whitman,
 que habría que llegar hasta tí, cazador!
 ¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
 con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!

Aquí también encontramos el «Canto de Esperanza» solemne y grandioso, con un tono profético que sobrecoge y lleno de fuertes imágenes. Los sentidos «Nocturnos» tan bellos y melancólicos. «Lo Fatal» donde nos dice que no hay mayor pesadumbre que la vida consciente. «A Focas el campesino», también lleno de tristeza y sentimiento.

En 1906 apareció «Opiniones» libro de estudios críticos en el cual nos dice: «No busco el que nadie piense como yo ni se manifieste como yo. ¡Libertad, libertad! mis amigos. Y no os dejéis poner libre a de ninguna clase». Esto es lo que siempre ha predicado Rubén Darío: la más absoluta personalidad.

Poco después de este libro salió a la publicidad «Parisiana» en 1907.

Después en el mismo año, «El Canto Errante» en el cual hay composiciones de tanto mérito como «A Colón», «Momonbo», «A Francia», la prodigiosa «Canción de los Pinos», aquella joya que se llama «Flirt», la soberbia décima «Campeamor» en la cual retrata admirablemente al insigne poeta y toda su obra:

Este del cabello cano,
 Como la piel del armiño,
 Jun'ó su candor de niño
 Con su experiencia de anciano;
 Cuando se tiene en la mano
 Un libro de tal varón,
 Abeja es cada expresión
 Que, volando del papel,
 Deja en los labios la miel
 Y pica en el corazón.

Es una décima que vale un poema. ¡Qué finura! ¡Qué intención! También encontramos en este libro la deliciosa composición «A una novia», el extraordinario *tour de force* métrico «Eco y yo» y el magnífico y sonoro «Preludio».

IV

Esta es muy compendiada, por supuesto, la obra de Rubén Darío que ha llegado á nuestras manos. Más tarde aprovechando estas notas haré un estudio más concienzudo del maestro. Estos son meros apuntes sobre su grande obra apreciada por todos.

Por eso no es extraño que haya merecido toda clase de alabanzas de eminentes literatos tanto en Europa como en América; así lo atestiguan nombres como

los de Juan Valera, Juan R. Jiménez, Francisco Navarro y Ledezma, Jacinto Benavente, Andrés González Blanco, Azorín, Martínez Sierra, Emilio Carrere y José Enrique Rodó, Ricardo Rojas, Elizio de Carvalho, Gómez Carrillo, Justo Sierra y tantos otros. También atestiguan su renombre poetas de la talla de Amado Nervo, Lugones Blanco Fombona, Díaz Romero, Chocano, Valencia, del Casal, Asunción Silva, Argüello, Diez Canedo, etc., etc.

El nombre de Rubén Darío va á la cabeza de todos ellos y así pudo decir de él Elizio de Carvalho que «no sólo es poeta eminente, el príncipe de los poetas de lengua castellana, sino el primero, el más completo, el más interesante hombre de letras, el *leader* de la literatura hispano-americana contemporánea. La prensa continental, así como la crítica española, habla del sumo esteta de *Los Raros* con respeto, y la nueva generación, fascinada por la grandeza de su estro, en un ruidoso alboroto de neófitos, entónale himnos de júbilo y afecto, como si tuviese ante sí un nuevo Homero». Y pudo añadir: «Rubén Darío es un precursor, un creador, un predestina lo».

Es indudable que toda la poesía de hoy está influenciada por el egregio maestro y nunca la poesía castellana había contado con mayor número de grandes poetas, de grandes artistas y de sutiles ingenios.

Con razón dijo Emilio Carrere: «La influencia de Rubén Darío en la poesía castellana es evidente. No el fresco y juvenil *Azul* elogiado con rara sinceridad por Don Juan Valera, sino *Prosas Profanas*, es el libro de Rubén que ha engendrado en España toda una generación de poetas. Sus estrofas se recitan de memoria en los pequeños cenáculos literarios; sus ritmos se admiran, y se imitan sus rimas y sus frases. Y los que más independientes no se han dejado influir por la letra, fueron influidos por el espíritu que les ha sugerido el afán de perseguir los matices de las cosas, lo recóndito de las almas, lo misterioso de los lugares, ciertas sutilezas, en fin, hasta ahora desconocidas ó despreciadas». O como dijo Justo Sierra: «Ha entrevisto y nos ha hecho entrever un color más en la poesía castellana un ultra violeta que no conocíamos, nos ha hecho sentir un sonido más no percibido antes de él; diciendo que cualquier extranjero que escuchara, por ejemplo, la «Marcha Triunfal» comprendería que se trataba de algo bélico, sólo por el són de sus estrofas y así de muchas otras.

¿Cómo se comprende entonces que el padre de la poesía moderna el Walt Whitman español haya sido atacado tan vilmente y se haya tardado tanto en comprenderle?

Muchas veces me he hecho esta pregunta y siempre me viene á la memoria aquello de la *mulatez intelectual* acaso porque sea la mejor respuesta.

Ya el inolvidable Juan Ramón Jiménez se admiró bastante de esto y exclamó: «Aquí en España se han dicho las mayores atrocidades de este poeta singular, tan maravilloso y tan extraño en sus músicas íntimas y perfumadas, henchidas de caricias para el alma, y en sus visiones siderales, grandes, de pompa orquestal, lentas y grandes, entre sañmos de mar y resplandor de astros. ¿Estos incomprensibles ataques son de artistas? Nó. ¿Entonces?... Claro está que los señores que se levantan, comen, van al casino, van á los toros, cenan, se acuestan y leen media hora en el libro más vulgar de la semana, son incapaces de sentir al través del alma el vuelo de una rima. ¿Por qué he nos de exigirle que sean exquisitos? Eso no duele. Doloroso es que el admirable traductor de Longo, diga, hab'ando del libro *Los Raros*, que por aquí no conocemos ni tenemos deseo de conocer á Verlaine, por ejemplo, el poeta más completo que ha nacido y que es, junto á Heine, el alma de ensueño más extraña y más dulce y más íntima que ha pasado por la tierra, viajera del país lejano y encantado».

En el manejo de la métrica reside otro de los grandes méritos de Darío y puedo decir siguiendo á R. Rojas que su labor métrica consiste:

a) En haber transplantado al español metros de otros idiomas, así entre otros, el exámetro latino.

b) En haber resucitado formas desusadas de los primitivos poetas castellanos.

c) En haber dado mayor plasticidad y movimiento tónico a los metros usuales en nuestro idioma.

Los méritos de Darío son tantos, su nombre está ya tan alto que si en un tiempo se le discutió, hoy sólo los que no comprenden las íntimas delicias del arte pueden discutirlo. Honremos al artista genial. Digamos como el gran literato español, Francisco Navarro y Ledezma: «Honremos al altísimo poeta. Honrémosle y démo-le gracias», porque «muerto Campoamor, la lengua castellana cuenta, por fin, con un gran poeta de ideas y sensaciones; con un poeta fecundo, sabio en el modular, inesperado y sorprendente en la rima y lleno de felicísimos repentes».

Honremos al genio y demos gracias al maestro de las nuevas generaciones. Al que tiene en su poesía todas las tonalidades posibles desde el gorjeo divino del ruiseñor hasta el rugido del león feroz, al que rompió las cadenas de la retórica, los férreos grillos de la métrica fija, al que nos enseñó a volar libremente.

¡Gloria al divino poeta! ¡Gloria á Rubén Darío!

Sigue tu senda, taciturno que el templo de la Inmortalidad abre sus puertas para tí.

VICENTE GARCÍA FERNÁNDEZ.

» RUBÉN DARÍO «

Cabeza formidable de negra cabellera
Que se abre en dos mitades sobre la frente pura.
Los ojos melancólicos. La boca de manera
Que pone al rostro pálido un sello de amargura.

De noble y fuerte busto, con los hombros macizos;
Circula entre sus venas la sangre chorotega;
Pero es más bien un fauno con sus siete carrizos
Que va por las montañas tras una ninfa griega.

Alma que es á un tiempo religiosa y pagana:
Ya dice al pie de un árbol una canción profana
Ó reza á don Quijote su ardiente letanía.

Muerde celeste carne. Busca el celeste vino,
Y cuando viene solo por el largo camino
Se oyen caer las gotas de su melancolía.

FRANCISCO GUERRERO.

(Nicaragüense)

A Rubén Darío

¡Sube cóndor más arribal
¡Vuela! ¡vuela!
¡Sube al cielo, rasga nubes!
¡Rompe estrellas!

¡Sigue, sigue, sube al cielo
Dios te espera!

Quando tornes de tu viaje
Lo que has visto cuenta, cuenta!
A las almas que no gustan
De vivir en las tinieblas
¡Cuántas sombras y misterios
Todo encierra!

¡Cuántas almas ignoradas
Vivirán en las estrellas!
¡Cuenta cóndor lo que viste
Quando vuelvas!

¡Sube, sube más arriba
¡Vuela! ¡vuela!

Llega al cielo, rasga nubes
¡Rompe estrellas:
No te importen ni te arredren
Las tinieblas

Sigue, sigue, sube al cielo
Dios te espera!

JUAN J. GUZMÁN C.

¡ SALUTACIÓN AL MAESTRO ¡

I

Salve Rubén: nosotros saludamos al Arte
Agitando en el aire nuestro ideal estandarte,
Hoy que llegas envuelto por un halo de gloria
Sobre el brioso Pegaso de tu excelsa victoria.

Eres un consagrado del país del Ensueño;
Hay en tu alma una alondra y un miraje en tu ceño
Que escudriña el arcano luminoso y sedoso...

Llegas con un olivo de paz entre la mano
Y al vencido lo acoges y le llamas «Hermano»,
Y le muestras la senda de tu rima sonora,
Rima fuerte y profunda, que perfuma y enflora.

Salve Rubén: nosotros desplegamos al viento
La bandera de iris de nuestro pensamiento
Celebrando tu regio triunfal advenimiento...

II

Orgullosos y extáticos los erectos volcanes
De la América inclinan sus penachos titanes,
A tu paso ¡oh poeta morador de las cimas,
Domador de Academias que fustigan tus rimas!

Has paseado tu nombre por la tierra de América
Esta tierra que Europa llama mujer histórica
Que ha ofrendado sus labios á tu frente quimérica...

Y te aclama toda una generación como el
Emblema de la lucha, del triunfo, del laurel;
Como el gran porta-lira de la diosa Poesía;
Como el Pan que esclaviza la divina armonía.

Has tenido cual todos los cristos tu Calvario;
Pero, al fin, la belleza de tu nuevo breviario
Ha domeñado el brío de tu fuerte adversario.

III

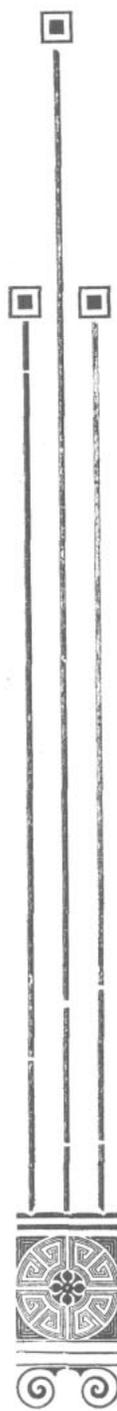
Tu llegada pregonan mensajeros alados
Con el eco sonoro de sus cuernos dorados;
Y hay en todos los ámbitos un rumor de clarines
Y un piafar de corceles agitando sus crines.

Es que tú eres Apóstol de la idea; es que vienes
Con un nimbo de oro que hace marco á tus sienes,
Y nos traes la fragancia de tus magos Edenés...

En las cuerdas vibrantes de tu Lira, ¡oh poeta!
Hay arpegios que saben de color de violeta...
Ven .. y pasa debajo de los arcos triunfales
Deshojando las flores de tus bellos rosales.

Salve Rubén: nosotros desplegamos al viento
La bandera de iris de nuestro pensamiento
Celebrando tu regio triunfal advenimiento.

GABRY RIVAS.
(Nicaragiense).



Flor de Estambul

(Para el Homenaje a Darío)

Aquella joya de amor
Vestida de negro tul
Me ha parecido una flor
De algún harén de estambul
Aquella joya de amor
Vestida de negro tul.

Al mirarla recordé
Un libro de Pierre Lotí.
Los ojos de Aziyadé
En su ojos descubrí.
Al mirarla recordé
Un libro de Pierre Lotí.

La graciosísima huri
Al mirarme se sonrió.
Yo también me sonreí
Y ella se sonrojó
La graciosísima huri
Al mirarme se sonrió.

Fué una efímera visión
De la penumbra en el tul
Desfloó en mi corazón
Un ensueño muy azul
Fué una efímera visión
De la penumbra en el tul.

ANGEL C. CRUCHAGA S. M.

Agosto de 1912.

→ LAS VIOLETAS ←

Del libro Rubíes que aparecerá próximamente.

Un manojo de violetas se agostaba, se moría,
Sobre un búcaro que había fino talle de serpientes,
Eran ellas, las que humildes, las que así, languidecentes,
Expiraban. La añoranza tristemente se decía.

Eran cosas todas de melancolía:
«Yo fuí amada de un gran príncipe de orientes...
Yo de un rey... Yo de un poeta»... Y fenecientes,
Todas mintieron su historia de alegría.

Y al morir mentía con
Amorosas historietes...
¡Bah! ¡qué diablos! si son finas,

Tambien son
Las violetas
Femeninas.

ERNESTO TORREALBA CONTRERAS.

≡ A Rubén Darío ≡

Tienes ensueño y sangre, meditación y músculo
Y haces tus versos con devoción tan mística
Que estás en ellos como Dios en la hostia eucarística
Como el sol y la noche en la hora del crepúsculo.

Sabes de la belleza de lo grande y minúsculo
Que evocas en palabra, de magia cabalística
Y en tu genial y enorme intensidad artística
Abarcas desde lo infinito hasta el corpúsculo.

Rey de la rima rica, evocadora y mágica,
Que á veces pone como una tiniebla trágica
Y otras como una lumbre que ciega por lo rápida,

Tu gloria ha sido una aclamación unánime
Mas, cuando el hielo de la muerte te deje exánime
Serán las cuatro rayas de elogio en una lápida.

JORGE HÜBNER BEZANILLA.



Para Rubén

Durmiéronse en el silencio la orquesta de las hojas.
El mar echó á la playa sus húmedas congojas.

Los cisnes—bajo el *fúlgido* espejo de los cielos—
Eran como una blanca línea de barquichuelos:
Eran como una rara eflorescencia mística;
Eran como una *extraña* procesión eucarística.

Detuvieron las olas su incesante vaivén.
Pasó el alma de Homero encerrada en Rubén.

ARMANDO ROJAS MOLINA.




 ALELUYA DEL RETORNO
 

(A Darío)

Esta salutación al Maestro debiera
 Ser de rosas y lauros: heráldico toisón
 Simbólico y fragante como la Primavera,
 Así debiera ser esta salutación.

Hubiera yo deseado que manos de pureza
 Blasonaran tu yelmo que el ideal restaura,
 Las manos milagrosas y blancas de Teresa
 De Jesús, ó acaso las de Clemencia Isaura.

O el tírso florecido que te ofreciera una
 Campesina, en la selva virgen y americana,
 Cuando en el cielo riera una fiesta de luna
 Y tus ojos miraran una danza pagana.

«La ciencia es flor del tiempo»—Quirón dice—Las manos
 Que prenderte pudieran el glorioso blasón
 Remaron hacia mundos trágicos y lejanos.....
 Hoy, te llega la música que canta mi canción.

Y mi cantar que tiene melodías de esquila
 En el atardecer de color de azafrán,
 Después de haber vibrado por una azul pupila
 Llega á tí con un trino de la flauta de Pan.

De haber sido en los días de la gentil Provenza
 Tu arribo, como fuerte triunfador de idealismo
 Te habrían coronado de rosas...(Hoy se piensa
 En un tal Marinetti que lanzó el futurismo!)

Y tú, debes pasar... «La caravana pasa».....
 Se siente ya un perfume de palmas de Bethlem.
 Mi voto es que algún día pueda ver á la raza
 Ante tu mármol blanco, descubrirse, Rubén!

ALBERTO ORTÍZ.
 (Nicaragüense)

—✦— Apoteosis —✦—

A Rubén Darío

I

Paso al conquistador de las estrellas
Paso al gran taciturno, al soñador
Y la Marcha Triunfal sus notas bellas
Dé al aire que se acerca el triunfador.

Cubrid el suelo de fragantes flores
Traed laureles y traed acantos
Y á la gloria sin par de los tambores
Juntad la majestad de vuestros cantos.

¡Gloria al poeta sembrador de soles!
¡Gloria al adusto soñador sombrío!
Gloria al que viene en nimbo de arboles
Gloria al artista-luz Rubén Darío.

¡Llor al hijo del inmortal Lelián
Hijo de Kalidasa, el poeta del Sol!
¡Llor al hijo predilecto de Pan
Hijo de Homero y Netzahuolcoyotl!

Aquél es! Brotan flores donde huella
Tiene en los ojos brillos de rubí
Lleva en la frente una radiosa estrella
La estrella del gigante Avengali.

Oh poeta de mágico renombre
En tu triunfo de magno trovador
Oye la voz: *recuerda que eres hombre*
Como el bravo romano triunfador.

II

Heraldo del Alba de un nuevo jardín
Príncipe del ritmo, amante del arcano
Viniste en el cisne del rey Lohengrín
La luz en la mente, la lira en la mano.

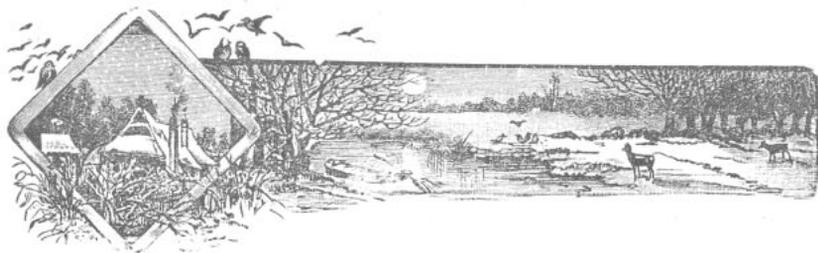
Oyendo tus versos de rítmico ensueño,
Mirando tus cisnes, blancos alabastros,
Sentíme invadido de un místico sueño:
Te vía cruzar persiguiendo los astros.

Icaro impotente rugía de ira,
El aguila al verte paraba su vuelo,
Y en tanto cantabas, en torno á tu lira
Un meeting de estrellas te oía en el cielo.

III

Las quejas de Lugones por fin has escuchado
Y en una hermosa réplica nos ha demostrado
Que el filón de oro de tus versos no tiene fin
Que el raudal de tu poesía nunca agotas
Y siempre hay nuevas notas
En tu viejo violín.
Gracias, maestro, las musas dicen en coro
Porque en el regio alcázar de tus versos
Sigue sonando el surtidor de oro;
Porque en ritmos diversos
Siempre nuevos, siempre grandes, siempre hermosos
Resuenan en las anchas galerías
Tus cantos deleitosos
Tus divinas armonías
Tus sueños orquestales y pomposos.

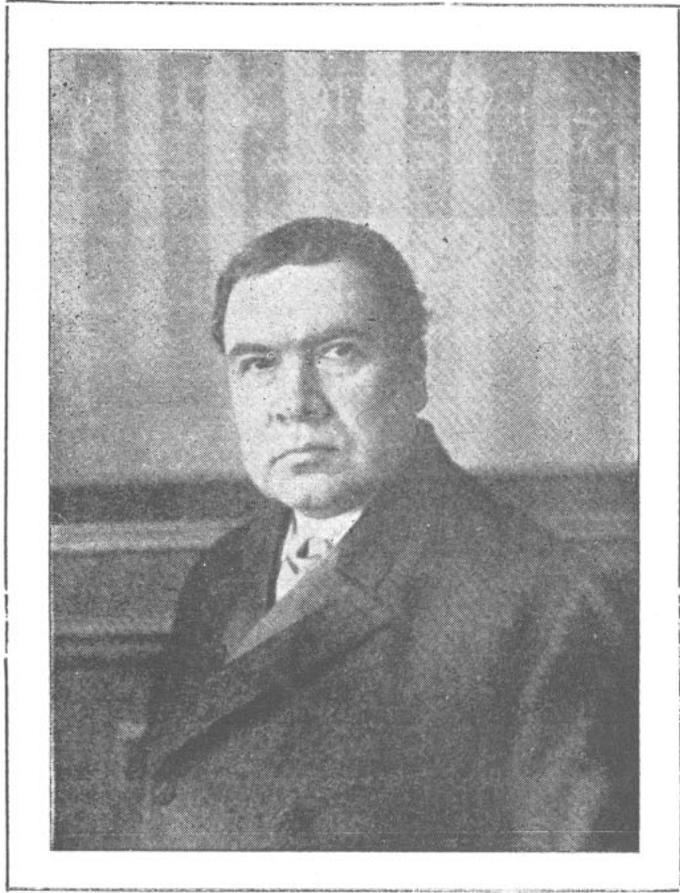
VICENTE GARCÍA FERNÁNDEZ.





FLORILEGIO





RUBÉN DARÍO

Cuento de las tres reinas magas

(Este cuento de Dario no se encuentra en ninguno de sus libros, por eso creemos de interés publicarlo ahora)

Habla Filogino:

Mi alma se llama Crista. En un pesebre nació, para ser coronada princesa de martirio. Ella es hija de una virgen y un obrero y la noche de su nacimiento danzaron y cantaron, alrededor del pesebre, cien pastores. Una estrella apareció sobre el techo del pesebre de mi alma; y á la luz de esa estrella llegaron á visitar á la recién nacida tres reinas magas.

Venían ellas desde países muy lejanos. La primera sobre una asna blanca, toda caparazonada de plata y perlas. La segunda sobre un unicornio. La tercera sobre un pavo real.

La recién nacida recibió sus homenajes. La primera le ofreció incienso. La segunda, oro. La tercera mirra.

Hablaron las tres:

—Yo soy la reina de Jerusalén.

—Yo soy la reina de Ecbatana.

—Yo soy la reina de Amatunte.

*
* * *

—Princesa de martirio, pues has de padecer mañana la cruel crucifixión, he aquí el incienso.

—Princesa de martirio, pues has de padecer mañana la cruel coronación, he aquí el oro.

—Princesa de martirio, pues has de padecer mañana la transficción, he aquí la mirra.

Y el alma infanta contestó con una voz suave:

—¡Yo te saludo, reina de la Pureza!

—¡Yo te saludo, reina de la Gloria!

—¡Yo te saludo, reina del Amor!

Vosotras tres me traéis los más inapreciables regalos, de manera que entreveo, para mientras llega la hora del martirio, tres paraísos que escoger.

En el primero forna la nube aromada y sacra de incienso un inmenso dombo al través del cual se vislumbra el amor de los astros y las sonrisas arcangélicas. Allí imperan las virtudes, ceñidas las blancas frentes de una luz paradisiaca.

Los tronos y las dominaciones hacen oír el rumor de oro de sus incomparables magnificencias; un místico són de salterios dice la paz poderosa del Padre, la sacrosanta magia del Hijo y el misterio sublime del Espíritu. Los lirios son las flores que en hechiceras vías lácteas cultivan y recogen las vírgenes y los bienaventurados.

En el segundo, el oro forma un maravillosísimo palacio constelado de diamantes de triunfo; arcadas vastas se desenvuelven en una polvareda de sol. Allí pasan los grandes, los fuertes, ceñidas las cabezas de laureles de oro. Allí crecen los laureles; y de las gigantescas columnas cuelgan coronas de roble y de laurel. Los super-hombres se regocijan en visiones augustas sobre horizontes inmensos; revuelan familiares, las águilas; y sobre los pavimentos de incomparables púrpuras y ágatas, se esperezan, en una imperial calma, los leones. Suena tanto en tanto un

trueno de trompetas, y el viento sonoro hace ondear ilustres oriflomas y banderas de púrpura.

En el tercero, la mirra perfuma un suave ambiente en la más preciosa de las islas floridas. Es bajo un cielo azul y luminoso que baña de oro dulce glorietas encantadas y mágicos kioskos.

Las rosas imperan en los jardines custodiadas de pavones, y los cisnes en los estanques especulares y en las fuentes. Si oís una música lejana, es de plantas y liras y cítaras, en lo secreto de los boscajes, de donde brotan también ruidos de besos y ayes y risas.

Es el imperio de la mujer; es el país donde la prodigiosa carne femenina, al mostrarse en su pagana y natural desnudez, tiñe de rosa los divinos crepúsculos. Pasan bajo el patio celeste bandadas de tórtolas; y tras las arboledas véñse cruzar formas blancas perseguidas por figuras velludas de pies hendidos.

*
* *

—Pues has de sufrir, pues estás condenada inexorablemente, princesa del martirio—dijo la reina de Jerusalén—¿no es cierto que en el momento de tu ascensión preferirás el divino paraíso del incienso?

Y el alma:

—¡Ay! en verdad que la parte más pura de mi ser tiende á tan mística mansión. Existe en mí un diamante que se llama la Fe, una perla que se llama la Esperanza y un rubí que se llama la Caridad, el amor. Tiemblo delante de la omnipotencia del padre, me atrae la grandeza del hijo y me encienden la llama del espíritu; mas...

—Ya sé—interrumpió la reina de Ecbatana—por cierto que en el instante de tu ascensión preferirás el paraíso del oro...

Y el alma:

—¡Ay! en verdad que me domina el deseo de la riqueza, del porvenir y de la fuerza. Nada hay más bello que dominar y los mantos purpúreos y los cetros y la supremacía son absolutamente atrayentes. Os juro que el grande Alejandro me hace pensar en Júpiter y que el són soberano de las trompas pone un heroico temblor en una parte de mi ser, como me enamora un cetro de oro, un cetro espiritual; pero...

La reina de Jerusalén, suspiraba. La reina de Ecbatana, sonreía. La reina de Amatunte, dijo:

—Cruelas penas has de padecer; tu crucifixión será dolorosa y terrible; sufrirás las espinas, la hiel y el vinagre...

Y el alma niña, interrumpió á la reina:

—Yo serécontigo, mi señora, en el paraíso de la mirra!



ESTIVAL

I

La tigre de Bengala,
con su lustrosa piel manchada á trechos,
está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
de un ribazo, al tupido
carrizal de un bambú; luego á la roca
que se yergue á la entrada de su gruta.

Allí lanza un rugido,
se agita como loca
y criza de placer su piel hirsuta.

* * *

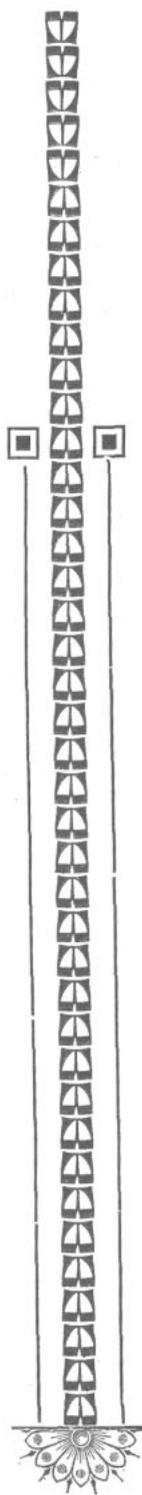
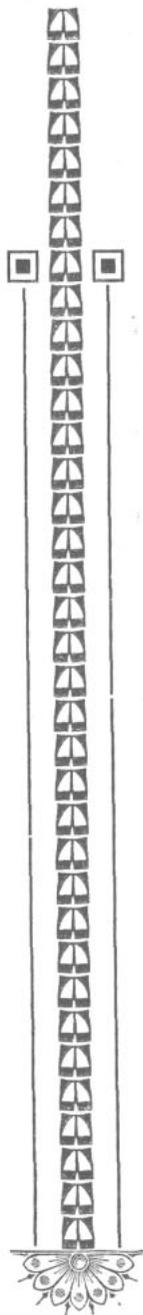
La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
rescoldo; y en el cielo
el sol inmensa llama.
Por el ramaje obscuro
salta huyendo el canguro.
El boa se infla, duerme, se calienta
á la tórrida lumbre;
el pájaro se sienta
á reposar sobre la verde cumbre.

* * *

Siéntense vahos de horno;
y la selva indiana
en alas del bochorno,
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira á pulmón lleno
y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

* * *

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
de marfil; luego toca
el filo de una roca,



y prueba y lo rasguña.
 Mírase luego el flanco
 que azota con el rabo puntiagudo
 de color negro y blanco,
 y móvil y felpudo;
 luego el vientre. En seguida
 abre las anchas fauces, altanera
 como reina que exige vasallaje;
 después husmea, busca, va. La fiera
 exhala algo á manera
 de un suspiro salvaje.
 Un rugido callado
 escuchó. Con presteza
 volvió la vista de uno á otro lado.
 Y chispeó su ojo verde y dilatado
 cuando miró de un tigre la cabeza
 surgir sobre la cima de un collado.
 El tigre se acercaba.

* * *

Era muy bello.
 Gigantesca la talla, el pelo fino,
 apretado el ijar, robusto el cuello,
 era un don Juan felino
 en el bosque. Anda á trancos
 callados; ve á la tigre inquieta, sola,
 y le muestra los blancos
 dientes, y luego arbola
 con donaire la cola.
 Al caminar se vía
 su cuerpo ondear, con garbo y bizzarria.
 Se miraban los músculos hinchados
 debajo de la piel. Y se diría
 ser aquella alimaña
 un rudo gladiador de la montaña.
 Los pelos erizados
 del labio relamía. Cuando andaba,
 con su peso chafaba
 la yerba verde y muelle;
 y el ruido de su aliento semejaba
 el resollar de un fuelle.
 El es, él es el rey. Cetro de oro
 no, sino la ancha garra
 que se hinca recia en el testuz del toro

y las carnes desgarras.
 La negra águila enorme, de pupilas
 de fuego y corvo pico relumbrante,
 tiene á Aquilón; las hondas y tranquilas
 aguas, el gran caimán; el elefante,
 la cañada y la estèpa;
 la víbora, los juncos por do trepa;
 y su caliente nido
 del árbol suspendido,
 el ave dulce y tierna
 que ama la primer luz.

El, la caverna.

* * *

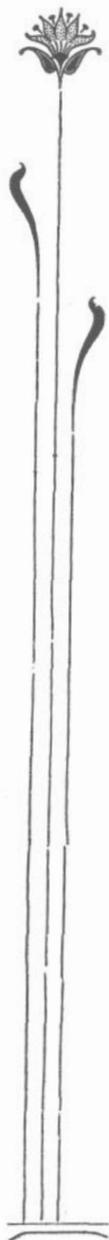
No envidia al león la crin, ni al potro rudo
 el casco, ni al membrudo
 hipopótamo el lomo corpulento,
 quien bajo los ramajes del copudo
 boabab, ruge al viento.

* * *

Así va él orgulloso, llega, halaga;
 corresponde la tigre que le espera,
 y con caricias las caricias paga
 en su salvaje ardor, la carnicera.

* * *

Después, el misterioso
 tacto, las impulsivas
 fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
 y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
 bajo las vastas selvas primitivas.
 No el de las musas de las blandas horas
 suaves, expresivas,
 en las rientes auroras
 y las azules noches pensativas;
 sino el que todo enciende, anima, exalta,
 polen, savia, calor, nervio, corteza,
 y en torrentes de vida brota y salta
 del seno de la gran Naturaleza.



II

El príncipe de Gales va de caza
por bosques y por cerros,
con su gran servidumbre y con sus perros
de la más fina raza.

* * *

Acallando el tropel de los vasallos,
deteniendo traillas y caballos,
con la mirada inquieta,
contempla á los dos tigres, de la gruta
á la entrada. Requiere la escopeta,
y avanza, y no se inmuta.

* * *

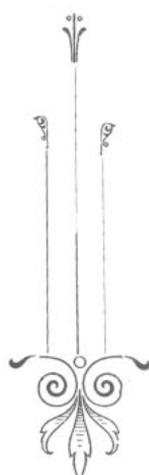
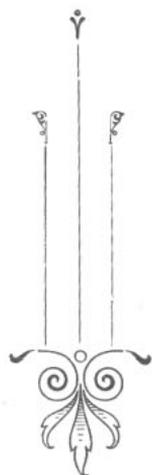
Las fieras se acarician. No han oído
tropel de cazadores.
A esos terrible seres,
embriagados de amores,
con cadenas de flores
se les hubiera uncido
á la nevada concha de Citeres
ó al carro de Cupido.

* * *

El príncipe atrevido.
adelanta, se acerca, ya se para;
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
ya del arma el estruendo
por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo
y la hembra queda, el vientre desgarrado.
¡Oh, va á morir!... Pero antes, débil, yerta,
chorreando sangre por la herida abierta,
con ojo dolorido
miró á aquel cazador; lanzó un gemido
como un ¡ay! de mujer... y cayó muerta.

III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
 á los rayos ardientes
 del sol, en su cubil después dormía.
 Entonces tuvo un sueño
 que enterraba las garras y los dientes
 en vientres sonrosados
 y pechos de mujer; y que engullía
 por postres delicados
 de comidas y cenas,—
 como tigre goloso entre golosos,—
 unas cuantas docenas
 de niños tiernos, rubios y sabrosos.



A UN POETA

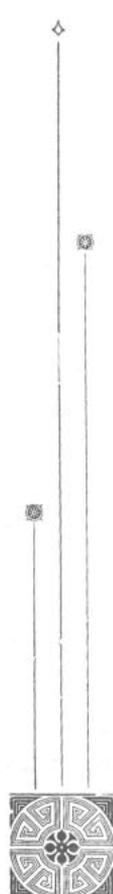
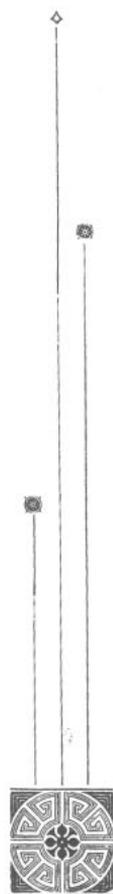
Nada más triste que un titán que llora,
 hombre-montaña encadenado á un lirio,
 que gime, fuerte, que pujante, implora:
 víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que á los pies de Onfalia
 la clava deja y el luchar rehusa,
 héroe que calza femenil sandalia,
 vate que olvida la vibrante musa.

¡Quien desquijada los robustos leones,
 hilando esclavo con la débil rueca;
 sin labor, sin empuje, sin acciones:
 puños de fierro y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras
 por donde triunfan femeniles danzas:
 que vibre rayos para herir las sombras,
 que escriba versos que parezcan lanzas.

Relanpagueando la soberbia estrofa,
 su surco deje de esplendente lumbre,
 y el pantano de escándalo y de mofa
 que no lo vea el águila en su cumbre.



Bravo soldado con su casco de oro
 lance el dardo que quema y que desgarrá,
 que embista rudo como embiste el toro,
 que clave firme, como el león, la garra.

Cante valiente y al cantar trabaje;
 que ofrezca robles si se juzga monte;
 que su idea, en el mal rompa y desgaje
 como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca
 suene en el pueblo con palabra extraña;
 ruido de oleaje al azotar la roca,
 voz de caverna y soplo de montaña.

Deje Sansón de Dálila el regazo:
 Dálila engaña y corta los cabellos.
 No pierda el fuerte el rayo de su brazo
 por ser esclavo de unos ojos bellos.

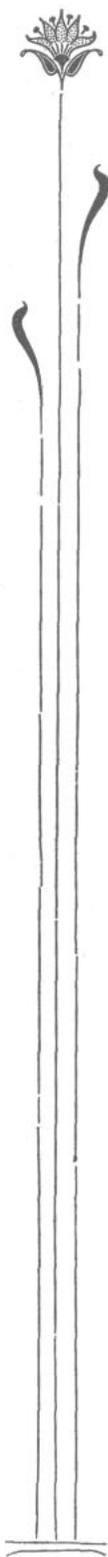


✧ ERA UN AIRE SUAVE... ✧

Era un aire suave, de pausados giros;
 el hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
 é iban frases vagas y tenues suspiros
 entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,
 diríase un trémolo de liras eolias
 cuando acariciaban los sedosos trajes
 sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
 daba á un tiempo mismo para dos rivales:
 el vizeconde rubio de los desafíos
 y el abate joven de los madrigales.



Cerca, coronado con hojas de viña,
reía en su máscara Término barbudo,
y como un Efebo que fuese una niña,
mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,
sobre el rico zócalo al modo de Jonia,
con un candelabro prendido en la diestra
volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlabá sus mágicas notas,
un coro de sonos alados se oía;
galantes pavanas, fugaces gavotas
cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros
ríe, ríe, ríe la divina Eulalia,
pues son su tesoro las flechas de Eros,
el cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

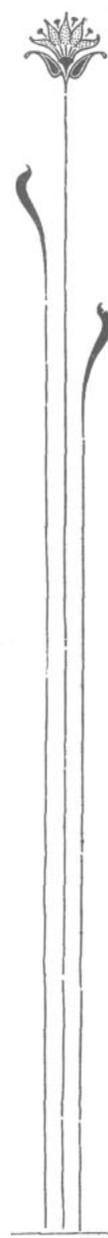
¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fie!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
cuando mira vierte viva luz extraña:
se asoma á sus húmedas pupilas de estrella
el alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina
á la alegre música de un pájaro iguala,
con los staccati de una bailarina
y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
bajo el ala á veces ocultando el pico,
que desdeñes rudos lanza bajo el ala,
bajo el ala aleve del leve abanico!



Cuando á media noche sus notas arranque
y en arpegios áureos gima Filomela,
y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque
como blanca góndola imprima su estela,

La marquesa alegre llegará al bosque,
boscaje que cubre la amable glorieta
donde han de estrecharla los brazos de un paje,
que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia
que en la brisa errante la orquesta deslíe,
junta á los rivales la divina Eulalia,
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

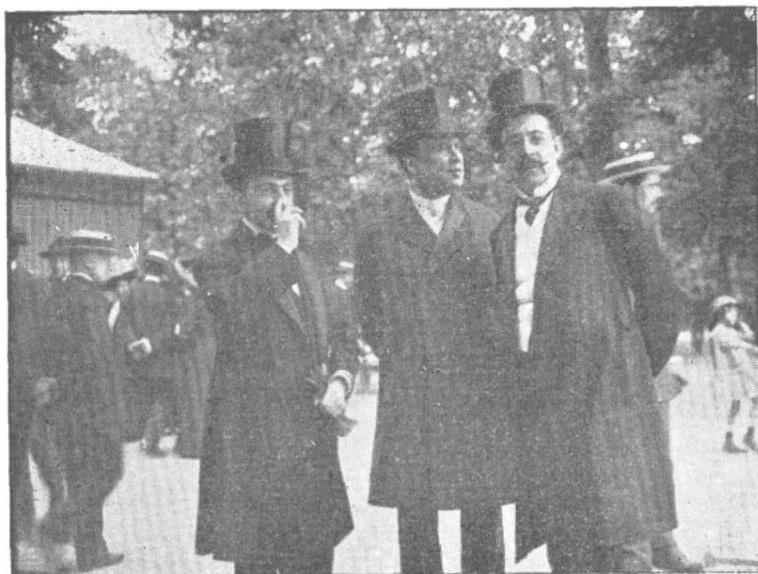
¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,
sol con corte de astros, en campo de azur?
¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
la regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
con dedos de ninfa, bailando el minué,
y de los compases el ritmo seguía
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

Ó cuando pastoras de floridos valles
ornaban con cintas sus albos corderos,
y oían, divinas Tírsis de Versalles,
las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
de amantes princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas y perlas y flores
iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡y es cruel y eterna su risa de oro!



Rubén Darío entre Leopoldo Lugones y Francisco Contreras en el Luxemburgo el día de la inauguraci'ón de la estatua de Verlaine

MARGARITA

In memoriam...

¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está, cuando cenamos juntos, en la primera cita, en una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita sorbían el champaña del fino baccarat; tus dedos deshojaban la blanca margarita: «Sí ..., no..., sí ..., no...», ¡y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de Histerial!, llorabas y reías; tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo; tus risas, tus fragancias, tus quejas eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días, la Muerte, la celosa, por ver si me querías, como á una margarita de amor ¡te deshojó!

SONATINA

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
 los suspiros se escapan de su boca de fresa,
 que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
 La princesa está pálida en su silla de oro,
 está mudo el teclado de su clave sonoro,
 y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

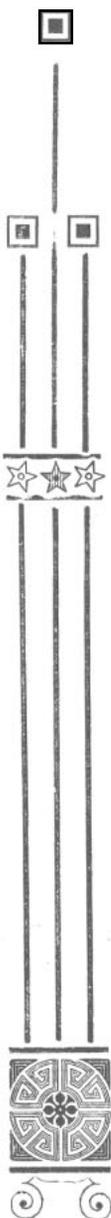
El jardín puebla el triunfo de los pavos reales,
 parlachina, la dueña dice cosas banales,
 y vestido de rojo piruetea el bufón.
 La princesa no ríe, la princesa no siente;
 la princesa persigue por el cielo de Oriente
 la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda ó de China,
 ó en el que ha detenido su carroza argentina
 para ver de sus ojos la dulzura de luz?
 O en el rey de las islas de las rosas fragantes,
 ó en el que es soberano de los claros diamantes,
 ó en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
 quiere ser golondrina, quiere ser mariposa.
 tener alas ligeras, bajo el cielo volar.
 ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
 saludar á los lirios con los versos de mayo,
 ó perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
 ni el balcón encantado, ni el bufón escarlata,
 ni los cisnes unánimes en el lago de azul.
 Y están tristes las flores por la flor de la corte;
 los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
 de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
 Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
 en la jaula de mármol del palacio real;
 el palacio soberbio que vigilan los guardas,
 que custodian cien negros con sus cien alabardas,
 un lebrél que no duerme y un dragón colosal.



¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la erisálida!
 (La princesa está triste. La princesa está pálida),
 ¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
 ¡Quién volara á la tierra donde un príncipe existe
 (La princesa está pálida. La princesa está triste);
 más brillante que el alba, más hermosa que Abril!

Calla, calla, princesa—dice el hada madrina—;
 en caballo con alas hacia acá se encamina,
 en el cinto la espada y en la mano el azor,
 el feliz caballero que te adora sin verte,
 y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
 á encenderte los labios con su beso de amor.

VERLAINE

RESPONSO

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
 que al instrumento olímpico y á la siringa agreste
 diste tu acento encantador.

¡Panidal Pan tú mismo, que coros condujiste
 hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,
 ¡al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
 que se humedezca el áspero hocico de la fiera
 de amor si pasa por allí;
 que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
 que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne
 y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
 ahuyenten la negrura del pájaro protervo
 el dulce canto del cristal
 que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
 ó la armonía dulce de risas y de besos,
 de culto oculto y florestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto;
 que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
 sino rocío, vino, miel;
 que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
 y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
 ¡bajo un simbólico laurel!

Que si un pastor su pífano bajo el frescor del haya
 en amorosos días, como en Virgilio, ensaya,
 tu nombre ponga en la canción:
 y que la virgen náyade, cuando ese nombre escuche,
 con ansias y temores entre las linfas luce,
 llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña
 de las visiones, pase gigante sombra extraña,
 sombra de un sátiro espectral;
 que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;
 de una extra-humana flauta la melodía ajuste
 á la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;
 tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
 de compasiva y blanca luz;
 y el sátiro contemple sobre un lejano monte
 una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
 ¡y un resplandor sobre la cruz!



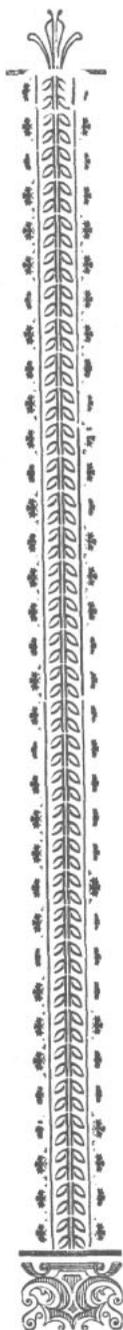
Elogio de la Seguidilla

Metro mágico y rico que al alma expresas
 llameantes alegrías, penas arcanas,
 desde en los suaves labios de las princesas
 hasta en las bocas rojas de las gitanas.

Las almas armoniosas buscan tu encanto,
 sonora rosa métrica que ardes y brillas,
 y España ve en tu ritmo, siente en tu canto
 sus hembras, sus claveles, sus manzanillas.

Vibras al aire alegre como una cinta,
 el músico te adula, te ama el poeta;
 Rueda en tí sus fogosos paisajes pinta
 con la audaz policromía de su paleta.

En tí el hábil orfebre cincela el marco
 en que la idea-perla su oriente acusa,
 ó en tu cordaje armónico formas el arco
 con que lanza sus flechas la airada musa.



A tu voz en el aire crugen las faldas,
 los piecitos hacen brotar las rosas
 é hilan hebras de amores las esmeraldas
 en rucas invisibles y misteriosas.

La andaluza hechicera, paloma arisca,
 por tí irradia, se agita, vibra y se quiebra,
 con el lánguido gesto de la odalisca
 ó las fascinaciones de la culebra.

Pequeña ánfora lírica de vino llena
 compuesto por la dulce musa Alegría
 con uvas andaluzas, sal macarena,
 flor y canela frescas de Andalucía.

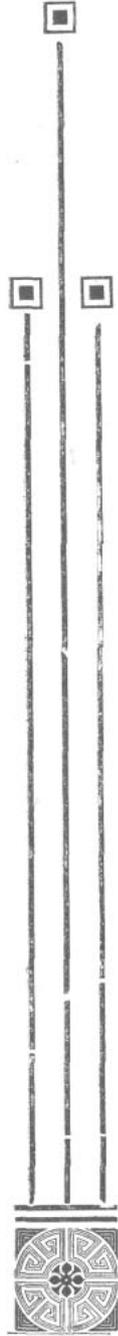
Subes, creces y vistes de pompas fieras;
 retumbas en el ruido de las metrallas,
 ondulas con el ala de las banderas,
 sueñas con los clarines de las batallas.

Tienes toda la lira; tienes las manos
 que acompañan las danzas y las canciones;
 tus órganos, tus prosas, tus cantos llanos
 y tus llantos que parten los corazones.

Ramillete de dulces trinos verbales,
 jabalina de Diana la Cazadora,
 ritmo que tiene el filo de cien puñales,
 que muerde y acaricia, mata y enflora.

Las Tirsis campesinas de tí están llenas,
 y aman, radiosa abeja, tus bordoneos;
 así riegas tus chispas las nochebuenas,
 como adoras la lira de los Orfeos.

Que bajo el sol dorado de Manzanilla
 que esta azulada concha del cielo baña,
 politona y triunfante, la seguidilla
 es la flor del sonoro Pindo de España,



Cantos de vida y esperanza

1905

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y lirás en los lagos;

y muy siglo dieciocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,
mi juventud...¿fue juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia
—una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía,
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de «te adoro», de «ay» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,

con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsia,
y sin comedia y sin literatura...:
si hay un alma sincera, ésa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fué el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!



Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicaba,
ebria de azul deslíe Filomela

perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde.
hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra,
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna Vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda:
así sueña, así vibra y así canta.

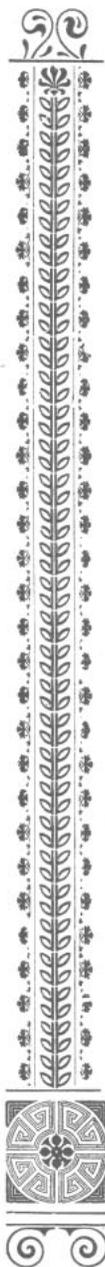
Vida, luz y verdad; tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el Arte puro como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita!

Y la vida es misterio, la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto Ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente.
De desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fué mi intento, hacer de alma pura
mía una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor—¡toda la flauta!,
y Aurora, hija del Sol—¡toda la lira!





Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué á la onda,
y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa el rencor y de la muerte,
¡Y hacia Belén...la caravana pasa!



MARCHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
¡La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompañan con ritmos marciales.
¡Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.
Él dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
 anuncian el advenimiento
 triunfal de la Gloria;
 dejando el picacho que guarda sus nidos,
 tendiendo sus alas enormes al viento,
 los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
 Señala el abuelo los héroes al niño
 —vez cómo la barba del viejo
 los bucles de oro circunda de armiño—.
 Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
 y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
 y la más hermosa
 sonríe al más fiero de los vencedores.
 ¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!
 ¡Honor al herido y honor á los fieles
 soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
 ¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos
 desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros
 —las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos,
 hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros—.
 Las trompas guerreras resuenan;
 de voces los aires se llenan...
 —Á aquellas antiguas espadas,
 á aquellos ilustres aceros,
 que encarnan las glorias pasadas.—
 ¡Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
 y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;
 al que ama la insignia del suelo materno;
 al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
 los soles del rojo verano,
 las nieves y vientos del gélido invierno,
 la noche, la escarcha
 y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
 saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
 triunfal!...



Á PHOCÁS EL CAMPESINO

Phocás el campesino, hijo mío, que tienes
en apenas escasos meses de vida tantos
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos
por el fatal pensar que revelan tus sienes...

Tarda en venir á este dolor adonde vienes,
á este mundo terrible en duelos y en espantos;
duerme bajo los ángeles, sueña bajo los santos,
que ya tendrás la vida para que te envenenes...

Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas,
perdóname el fatal don de darte la vida,
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas;

pues tú eres la crisálida de mi alma entristecida,
y te he de ver en medio del triunfo que merezcas
renovando el fulgor de mi psique abolida.

→ LOS CISNES ←

I

¿Qué signo haces, ¡oh, Cisne!, con tu encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes soñadores?

¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,
tiránico á las aguas é impasible á las flores?

Yo te saludo ahora como en versos latinos
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.
Los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos,
y en diferentes lenguas es la misma canción.

Á vosotros mi lengua no debe ser extraña.
Á Garcilaso visteis, acaso, alguna vez...
Soy un hijo de América, soy un nieto de España...
Quevedo pudo hablaros en verso en Araujuez ..

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas
den á las frentes pálidas sus caricias más puras,
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.

Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,
se mueren nuestras rosas, se agotan nuestras palmas;
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.

Nos predicán la guerra con águilas feroces,
gerifaltes de antaño revienen á los puños;
mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,
ni hay Rodrigos ni Jaimes; ni hay Alfonsos ni Nuños.

Faltos de los alientos que dan las grandes cosas,
¿qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?
A falta de laureles son muy dulces las rosas,
y á falta de victorias busquemos los halagos.

La América española como la España entera,
fija está en el Oriente de su fatal destino;
yo interrogo á la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino.

¿Seremos entregados á los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros,
que habéis sido los fieles en la desilusión,
mientras siento una fuga de americanos potros
y el estertor postrero de un caduco león...

...Y un Cisne negro dijo: «La noche anuncia el día».
Y uno blanco: ¡«La aurora es inmortal! ¡La aurora
es inmortal!»! ¡Oh tierras de sol y de armonía,
aun guarda la Esperanza la caja de Pandora!

II

¡Antes de todo, gloria á tí, Leda!
 Tu dulce vientre cubrió de seda
 el Dios. ¡Miel y oro sobre la brisa!
 Sonaban alternativamente
 flauta y cristales, Pan y la fuente.
 ¡Tierra era canto, cielo sonrisa!

Ante el celeste, supremo acto,
 dioses y bestias hicieron pacto.
 Se dió á la alondra la luz del día,
 se dió á los buhos sabiduría
 y melodía al ruiseñor.
 Á los leones fué la victoria,
 para las águilas toda la gloria
 y á las palomas todo el amor.

Pero vosotros sois los divinos
 príncipes. ¡Vagos como las naves!
 ¡Inmaculados como los linos!
 ¡Maravillosos como las aves!

En vuestros picos tenéis las prendas
 que manifiestan corales puros.
 Con vuestros pechos abris las sendas
 que arriba indican los Dioseuros.

Las dignidades de vuestros actos,
 eternizadas en lo infinito,
 hacen que sean ritmos exactos,
 voces de ensueños, luces de mito.

De orgullo olímpico sois el resumen,
 ¡oh, blancas urnas de la armonía!
 ebúrneas joyas que anima un numen
 con su celeste melancolía.

¡Melancolía de haber amado,
 junto á la fuente de la arboleda,
 el luminoso cuello estirado
 entre los blancos muslos de Leda!





Rubén Darío en 1905

CANTO DE ESPERANZA

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.
 Un soplo milenario trae amagos de peste.
 Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?
 Se han sabido presagios y prodigios se han visto,
 y parece inminente el retorno del Cristo.

La tierra está preñada de dolor tan profundo
 que el soñador, imperial meditabundo,
 sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales affigieron la tierra;
 en un pozo de sombra la Humanidad se encierra
 con los rudos molosos del odio y de la guerra.

¡Oh, Señor Jesucristo! ¿Por qué tardas? ¿Qué esperas
 para tender tu mano de luz sobre las fieras
 y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida
 sobre tanta alma loca, triste ó empedernida
 que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de tí mismo.
 Ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo;
 ven á traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco, que miró el visionario,
 pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
 Mi corazón será brasa de tu incensario.

❖ LO FATAL ❖

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos,
¡ni de dónde venimos...!



❖ NOCTURNO ❖

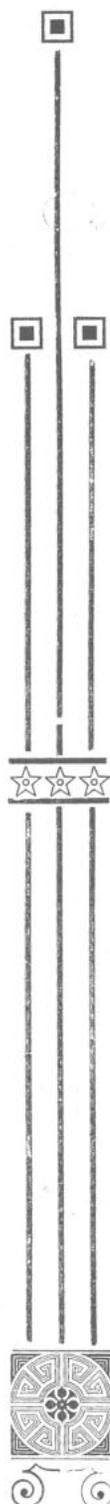
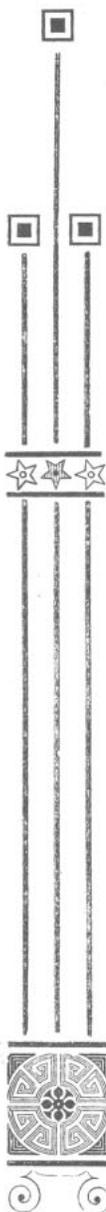
Los que auscultasteis el corazón de la noche;
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,
¡sabréis leer estos versos de amargor impregnados!...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
y el sueño que es mi vida desde que yo nací.

Todo esto viene en medio del silencio profundo
en que la noche envuelve la terrena ilusión,
y siento como un eco del corazón del mundo
que penetra y conmueve mi propio corazón.



NOCTURNO

Quiero expresar mi angustia en versos que abolida
dirán mi juventud de rosas y de ensueños,
y la desfloración amarga de mi vida
por un vasto dolor y cuidados pequeños.

Y el viaje á un vago Oriente por entrevistos barcos,
y el grano de oraciones que floreció en blasfemia,
y los azoramientos del cisne entre los charcos,
y el falso azul nocturno de inquerida bohemia.

Lejano clavicordio que en silencio y olvido
no diste nunca al sueño la sublime sonata;
huérfano esquife, árbol insigne, obscuro nido
que suavizó la noche de dulzura de plata...

Esperanza olorosa á hierbas frescas, trino
del rui señor primaveral y matinal,
azucena tronchada por un fatal destino,
rebusca de la dicha, persecución del mal...

El ánfora funesta del divino veneno
que ha de hacer por la vida la toriura interior,
la conciencia espantable de nuestro humano cieno
y el horror de sentirse pasajero, el horror

de ir á tientas, en intermitentes espantos,
hacia lo inevitable desconocido y la
pesadilla brutal de este dormir de llantos
¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!



La Canción de los Pinos

¡Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,
yo os amo! Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;
habéis sido mástil, procenio, curul,
¡oh pinos solares, oh pinos de Italia!,
bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
en medio de brumas glaciales y en
montañas de ensueños, ¡oh pinos nocturnos,
oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
tendiendo á la dulce caricia del mar,
¡oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

¶ Cuando en mis errantes pasos peregrinos
la Isla Dorada me ha dado un rincón
do soñar mis sueños, encontré los pinos,
los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos;
por su aroma, aroma de una inmensa flor;
por su aire de monjes, sus largos cabellos,
sus savias, ruidos y nidos de amor.

¡Oh pinos antiguos que agitara el viento
de las epopeyas, amados del sol!
¡Oh líricos pinos del Renacimiento
y de los jardines del suelo español!

Los brazos colios se mueven al paso
del aire violento que forma al pasar
ruidos de pluma, ruidos de raso,
ruidos de agua y espuma de mar.

¡Oh noche en que traje tu mano, Destino,
aquella amargura que aún hoy es dolor!
La luna argentaba lo negro de un pino,
y fui consolado por un ruiseñor.

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?
 Aquel que no sienta ni amor ni dolor,
 aquel que no sepa de beso y de cántico,
 que se ahorque de un pino; será lo mejor...

Yo, nó. Yo persisto. Pretéritas normas
 confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.
 ¡Yo soy el amante de ensueños y formas
 que viene de lejos y va al porvenir!



◀ FLIRT ▶

Que á las dulces gracias la áurea rima loe,
 que el amable Horacio brinde un canto á Cloe,
 que á Margot ó á Clebia dé un rondel Banville,
 eso es justo y bello, que esa ley nos rija,
 eso lisonjea y eso regocija
 á la reina Venus y á su paje Abril.

El ilustre cisne, cual labrado en nieve,
 con el cuello en arco, bajo el aire leve,
 boga sobre el terso lago especular;
 y aunque no lo dice, va ritmando un aria
 para la entreabierta rosa solitaria
 que abre el fresco cáliz á la luz lunar.

Albas margaritas, rosas escarlatas,
 ¿no guardáis memoria de las serenatas
 con que un tierno lírico os habló de amor?
 ¿Conocéis la gama breve y cristalina
 en que, enamorado, su canción divina
 con su bandolina trina el ruiñeñor?

Estas tres estrofas, deliciosa amiga,
 son un corto prólogo para que te diga
 que tus bellos ojos de luz sideral,
 y tus labios, rimas ricas de corales,
 merecen la ofrenda de los madrigales
 floridos de líricas rosas de cristal.

De tu ardiente gracia los elogios rimo,
 de un rondel galante la fragancia exprimo
 para ungir la alfombra donde estén tus pies;
 yo saludo el lindo triunfo de las damas,
 y en mis versos siento renacer las llamas
 que eran luz del triunfo del Rey Sol francés.


ECO Y YO


Á la Señora Susana Torres de Castex.

—Eco, divina y desnuda,
 Como el diamante del agua,
 mi musa estos versos fragua
 y necesita tu ayuda,
 pues sola peligros teme.

—¡Heme!

—Tuve en momentos distantes,
 antes,
 que amar los dulces cabellos
 bellos,
 de la ilusión que primera
 era,
 en mi alcázar andaluz
 luz,
 en mi palacio de moro
 oro,
 en mi mansión dolorosa
 rosa.

Se apagó como una estrella
 ella.

Deja, pues, que me contriste.

—¡Triste!

¡Se fué el instante oportuno!

—¡Tuno!...

—¿Por qué, si era yo suave
 ave,
 que sobre el haz de la tierra
 yerra
 y el reposo de la rama
 ama.

Guióme por varios senderos

Eros,

mas no se portó tan bien
 en

esquivarme los risueños
 sueños,

que hubieran dado á mi vida
 ida,

menos crueles mordeduras
 duras.

Mas hoy el duelo aun me acosa.

—¡Osa!

—¡Osar, si el dolor revuela!

—¡Vuela!

—Tu voz ya no me convence.

Vence.

—¡La suerte errar me demanda!

—¡Anda!

—Mas de Ilusión las simientes...

—¡Mientes!

—¿Y ante la desesperanza?

—Esperanza.

Y hacia el vasto porvenir
ir.

— Tu acento es bravo, aunque seco,
Eco.

Sigo, pues mi rumbo, errante,
ante
los ojos de las rosadas
hadas.

Gusté de Amor hidromieles,
mieles;
probé de Horacio divino,
vino;

Entretejí en mis delirios
lirios.

Lo fatal con sus ardientes
dientes
apretó mi conmovida

vida;
mas me libró en toda parte
arte.

Lista está á partir mi barca,
arca
do va mi gala suprema.

—Rema.

—Un blando mar se consigue.

—Sigue.

—La aurora rosas reparte.

—¡Parte!

Y á la ola que te admira
mira,
y á la sirena que encanta
¡canta!